

**TEMA 11: LA RECONSTRUCCION FUTURA
AGEO, ZACARIAS I, ISAIAS III, MALAQUIAS, ABDIAS, JOEL Y ZACARIAS II**

TEXTO: Ag 1-2; Is 56-66; Jl 3-4; Za 9-14 (para el encuentro com.:Is 61,1-11)

CLAVE BIBLICA

0. UBICACION DEL TEMA

0.1. ¿Para qué profetas, si ya no existe monarquía?

0.1.1. La monarquía le dio la especificidad al profetismo israelita

El profetismo de Israel, frente al panorama profético de todo el Próximo Oriente, apareció como un fenómeno propio, exclusivo. Aunque participó del fondo general profético de los demás grupos humanos -visiones, sueños, actos simbólicos, actos mágicos etc.- sin embargo, terminó poniendo su especificidad: ser conciencia crítica de la monarquía. Es decir, Israel empleó las técnicas proféticas comunes del Medio Oriente, pero las puso al servicio de una causa: defender al pueblo de los atropellos que el sistema monárquico israelita llegara a cometer contra el pueblo. Ya sabemos que la monarquía apareció en Israel en 1030 a.c., después de una experiencia de organización social comunitaria, antimonárquica, vivida en algún tiempo, después del éxodo y de la conquista de la tierra de Canaán. Lo llamativo es que tan pronto apareció la posibilidad de la monarquía en Israel, apareció también un profeta -Samuel- que reivindicó los derechos del pueblo frente a la monarquía. A partir de este momento, todos los profetas de Israel tuvieron esa misma característica: estar ligados al fenómeno monárquico, aunque en algún momento tuvieran sus ambigüedades frente al mismo.

0.1.2. El final de la monarquía no significó su muerte

Ya nos son conocidas las dos catástrofes monárquicas de Israel: la del Reino del Norte (721 a.c.) y la del Reino del Sur (586 a.c.). Pero, aunque materialmente cayeron dichos reinos, la monarquía siguió entronizada en el alma israelita. Sobre todo los deportados -reyes, príncipes, señores de corte, militares, sacerdotes, artesanos- soñaban en volver a la tierra, para restablecer la monarquía con descendientes de David. Los profetas estuvieron siempre alertas para que su restablecimiento -también soñado por ellos mismos- fuera lo más cercano posible al corazón de Dios.

0.1.3. La monarquía siguió siendo un proyecto

A la hora de la verdad, la monarquía siguió siendo el proyecto más fuerte del Israel del tiempo de los persas. La comprensión y el respeto de éstos por la cultura y las instituciones de los pueblos conquistados avivó la esperanza de Israel de poder restablecer en Jerusalén a algún descendiente de David. Más aún, dicha esperanza llegó a ser casi realidad, ya que los persas financiaron la reconstrucción de las murallas de Jerusalén y la reconstrucción de su templo. Además, respaldaron la restauración de la Ley, y permitieron el regreso de Zorobabel, descendiente davídico.

0.2. La relación monarquía-profetismo

0.2.1. El profetismo de Israel, conciencia crítica de la monarquía

La monarquía siempre fue vista por la conciencia profética como algo sospechoso y hasta abiertamente malo, ya que su implantación en Israel significó la desaparición de la igualdad de las tribus y de las personas; la autorización de privilegios a grupos dinásticos; la destrucción de leyes consuetudinarias, como la de la propiedad intransferible de la tierra; la imposición de tributos en especie y en trabajos; la creación de las grandes estructuras económicas, con palacios para todos los funcionarios y sus familias; la creación de estructuras de defensa, con todo lo que significaba tener un ejército permanente con habitación y alimentación para todos sus dirigentes, con guarniciones y dotación de armas; finalmente, con la creación de una gigantesca estructura templaria. Todo esto debía mantenerse a costo de sudor y sangre en el pueblo. Basta recordar, entre muchísimos textos posibles, estos dos: 1 S 8,1ss (los derechos de los poderosos sobre los derechos del pueblo), y 1 R 5-11 (las construcciones de palacios, templo, silos, defensas... el boato de los sacrificios... la riqueza de sus palacios... el abuso sobre la mujer con 1.000 de ellas como esposas y concubinas... el ataque a la configuración de las tribus, para transformarlas en distritos arbitrarios... etc.).

0.2.2. Lo que más hirió a la conciencia profética

Los últimos profetas vieron la ruina causada por la monarquía. ¿Qué posición tomaron? A pesar de sus posibles y naturales ambigüedades, no hay un solo profeta que no hubiera reflejado en sus páginas la crítica directa o indirecta al sistema social monárquico bajo el cual le tocó vivir. La razón de esto es que la monarquía fue la reimplantación de un sistema social que, para mantenerse vivo, necesitaba de la creación y mantenimiento de las clases sociales diferentes; del poder absoluto en manos de una voluntad suprema corruptible; del uso de estructuras de poder incondicionales tanto de armas, como de dinero y de religión y del empleo de un sistema tributario firme, sin compasión. Exactamente lo contrario al plan de Dios. Esto explica el reclamo continuo de los profetas.

0.3. La monarquía nunca murió en el corazón de Israel

0.3.1. La historia tiene su propio camino y da grandes lecciones

La pregunta obvia es ésta: si la monarquía era tan estructuralmente mala, ¿por qué algunos de los últimos profetas que nos ocupan trataron de mantenerla y restaurarla? Recordemos el camino histórico de la monarquía, para ver si se nos clarifica esta pregunta. La monarquía no fue una elección libre del pueblo, ni estuvo patrocinada por el profeta de entonces (Samuel), ni apoyada teológicamente por Dios. Apareció en Israel como una necesidad histórica, bien manejada por los líderes de entonces, interesados en ella. El proyecto anterior -el de la sociedad igualitaria del Exodo- estaba corrompido por la falta de calidad en tribus, líderes espirituales y pueblo. Israel naufragaba en un cúmulo de contradicciones internas y en una multiplicidad de amenazas externas. El abandono de la estructura social comunitaria, inaugurada a partir del éxodo, no se debió a la negación del valor espiritual de dicho proyecto, sino a la necesidad de sobrevivir en un momento en que no se tenía la calidad para mantenerlo. Todos creyeron -empezando por el profeta Samuel- que la salvación estaba en instaurar una monarquía que compitiera con la de los otros pueblos, pero con un elemento que los otros pueblos no tenían: sería manejada por un israelita que ya había recibido, de parte Dios, la revelación del principio de justicia como norma de acción. Ellos creyeron que en Israel se cumpliría de verdad el deber que se le imponía al monarca de proteger al pobre y desvalido. Esta fue su gran equivocación. Porque la estructura de la monarquía daba como para hacer actos aislados de bondad con el pobre, pero no para hacer desaparecer la pobreza, fruto del desnivel social que crea la misma monarquía.

0.3.2. El error de todo el pueblo fue también error de sus profetas

Es decir, pueblo y profetas le pidieron a la monarquía lo que ella no podía dar: que fuera un agente de justicia, en el sentido de que suprimiera los privilegios de algunos (reyes, funcionarios, administradores, ejército, templo...) y los nivelara con el pueblo. Monarca tras monarca fue criticado por los profetas. Estos nunca escondieron los delitos de los funcionarios, de la corte y de los reyes. Y se quedaron esperando que el siguiente monarca cumpliera el precepto de justicia mandado por Yahveh. Promovieron destituciones de monarcas, eliminaron reyes, implantaron nuevas dinastías, siempre buscando lo imposible: que apareciera alguien, como David, que le devolviera al pueblo el honor y el poder perdido. Por esto la monarquía no murió en el interior de los israelitas, incluidos los profetas. Aunque éstos tuvieron claro el principio de justicia como norma de gobierno, no supieron prescindir del modelo de sociedad monárquica. El poder de gobierno estaba en manos de otros (del rey, su corte y sus estructuras de gobierno), ¿cómo hacer que éstos renuncien a dicho poder? Era pedir lo imposible.

0.3.3. En espera de que alguien rompiera el círculo de muerte

Por todo lo anterior, el A.T. y sus profetas se quedaron en la espera del Mesías. Se necesitará el N.T., la claridad de Jesús de Nazaret, para reorientar las cosas definitivamente: mientras se piense en la monarquía como modelo de sociedad, no se saldrá de la injusticia (Lc 22,24-27); mientras no se renuncie a repetir el esquema monárquico heredado (Jn 18,36), se seguirá crucificando a los enemigos de dicho sistema; y mientras no se ponga a los pobres como principio de acción, no podrá existir una sociedad nueva (Lc 4,18; Mt 5,2; Mt 11,2-6).

0.4. Significación de este grupo de profetas

0.4.1. La atracción de los grandes y el ocultamiento de los pequeños

Ordinariamente les prestamos muy poca atención a los últimos profetas del A.T. En primer lugar, los grandes profetas copan toda nuestra atención litúrgica, y nuestra formación bíblica. Además, los últimos profetas pertenecen a un período de historia muy poco conocido, oscuro, muy poco estudiado y superficialmente tratado. Sin embargo, es interesante y apasionante ver cómo estos pequeños profetas mantienen en el pueblo la esperanza, cómo se sirven de una historia dolorosa y del callejón sin salida en que ésta los colocó, para darle respuestas sabias al pueblo.

0.4.2. Lo original de este tiempo y de sus profetas

Sin embargo, con estos pequeños profetas avanzó la teología del A.T. Se recuperó la humildad histórica, se relativizaron las instituciones tradicionales en las que se había puesto tanta confianza, se avivó la necesidad de un mesías que dijera la verdad definitiva, no tanto sobre principios teológicos, como sobre la praxis más cercana al corazón de Dios y al remedio de las necesidades del prójimo. En este tiempo, como cosa original, no sólo se denunció el pecado contra el pobre, sino que se le llegó a dar al mismo un protagonismo definitivo para la historia futura. ¿Nos parece poco?

0.4.3. El inmenso valor de darle protagonismo al pobre

Muchas veces hemos creído que la gran revelación queda cumplida en los grandes profetas. En estas grandes figuras queda clara una cosa que nunca cesaremos de agradecer: su valentía para denunciar los pecados de los grandes y los atropellos contra los pequeños. Pero a sus páginas les faltó más claridad en explicitar el valor de lo pequeño en el plan de Dios. Tenemos que entender que cada época tiene reservada su propia intuición. Esto lo decimos para no desvalorizar a nada ni a nadie, ya que cada cosa cumple su misión y hace su propio papel. Esta es la verdadera historia. Por eso, lo que quisiéramos reivindicar, como lo más importante de este período, no son sus grandes denuncias frente a la injusticia, sino el papel y la importancia que le dan al pobre, superior a la que le dieron al rey, al templo, a la ley, en orden a la futura restauración del Israel hundido.

1. NIVEL HISTORICO

1.1. El dolor y la amargura que dejó Babilonia

1.1.1. Un ordinario equívoco frente a los imperios

Babilonia pasará en la historia israelita como el período de su mayor humillación. Este Imperio fue el que destruyó a Jerusalén (586 a.c.). Ya antes, en el año 597 a.c., después de una toma de Jerusalén, Nabucodonosor se había llevado al rey israelita de apenas 18 años, a su madre, su esposa y numerosos súbditos, todos ellos de alguna categoría social. Este rey, después de muchos años de encarcelamiento, fue liberado por el rey Evil Merodac (Awil Marduk = el hombre de [el Dios] Marduk), que reinó del 562 al 560 a.c. La liberación de este rey llenó de entusiasmo a muchos israelitas, que creyeron que había llegado el momento de la restauración de la dinastía de David (2R 25,27-30; Jr 52,31-34). Estos "actos de bondad política" volvieron a reproducir el permanente equívoco histórico frente al opresor de turno: no tiene el corazón tan malo, todavía se puede confiar en él. Es la constante de una historia que llevó a equívocos hasta a los mismos profetas, que llegaron a considerar al rey de Persia, el nuevo imperio de turno, como al siervo de Dios, a su ungido. La lección es la de siempre: los actos personales de bondad, las estrategias del poderoso no deben ser confundidas con la estructura opresora del poder que, tarde o temprano, descubre sus verdaderas intenciones.

1.1.2. La memoria del opresor

Los actos aislados de bondad del Imperio babilónico no pueden ni deben borrar en el pueblo la memoria de la opresión sufrida durante tantos años. La generosidad ocasional de la Babilonia opresora no debe ser confundida, de ninguna manera, con su brutal sistema conquistador, cuyas características vale la pena recordar, como memoria subversiva que alimentó la resistencia en Israel y no dejó que muriera su esperanza. El pueblo guardó memoria de la estructura conquistadora de Babilonia, que quiso lo siguiente:

* Hacer que todo perdedor conquistado, se uniera al proyecto socio-económico-cultural del conquistador.

* Deportar a todo conquistado que tuviera alguna significación frente a su propio grupo. Los deportados de Israel, a pesar de que no hay unidad en las fuentes, fueron un 5% de la población total. Las deportaciones tuvieron tres etapas: en el 597, en el 586 y en el 582 a.c. (cfr. Jr 52,28-30). Los deportados de Israel y Judá fueron miembros de la realeza, funcionarios estatales, oficiales del ejército y artesanos (cfr. 2 R 24,14-16). La condición de estos deportados era o la prisión, o alguna especie de trabajo forzado, o alguna servidumbre sin derechos.

* Gobernar al conquistado con líderes traídos de otras partes del Imperio o con líderes nativos pro-imperialistas.

* Al conquistado que se quedó en su propia tierra, mezclarlo con conquistadores y colonizadores traídos de fuera, portadores de privilegios y derechos.

* Evitar que el conquistado se reorganizara.

* Imponer al vencido tributos permanentes.

* Subordinar la religión del vencido a la del vencedor.

* Trasladar la imagen del Dios de los vencidos a la tierra y al templo de los vencedores.

* A un Dios sin imagen -como el Dios de Israel- trasladarle las cosas sagradas de su templo.

* Dejar culturalmente al vencido lo más indefenso posible, a fin de romper toda resistencia.

* Imponer la propia cultura (costumbres y religión) al vencedor.

1.1.3. Resultado del sistema conquistador asirio-babilónico

Recordemos que fueron dos los imperios que tuvieron que ver con la destrucción de la monarquía: el Imperio Asirio que destruyó el Reino del Norte o Israel (721 a.c.) y el Imperio Babilónico que destruyó el Reino del Sur o Judá (586 a.c.). Ambos contribuyeron a la ruina de Palestina, aunque es Babilonia quien deja la última huella.

* **¿Cómo quedó Jerusalén?** "¡Qué solitaria está Jerusalén, la ciudad populosa!" (Lm 1,1) El corazón del israelita se destroza al recordar la ruina de su ciudad, que quedó con la desolación de una viuda, sometida a tributos (1,1), con su pueblo caído e indefenso (1,7), con sus niños y ancianos tirados en las calles y sus jóvenes acuchillados (2,21), con las piedras de su templo esparcidas en las esquinas (4,1), con sus doncellas violadas (5,11), con su cultura y su alegría destruidas (5,14-15), todos enfebrecidos por el hambre (5,10), comprando hasta la leña y el agua (5,4), cambiando sus joyas por pan (1,11), con sacerdotes y ancianos muertos mientras buscan comida (1,19), con sus niños desfallecidos de inanición (2,12) y cocinados y devorados por sus propias madres (2,20; 4,10)...

* **¿Cómo quedó el campo?** "Sembráis mucho, pero recogéis poco"... (Ag 1,6a). La situación del campo era también deprimente. Ageo la siguió describiendo así: los grandes esfuerzos que hacía el campesino para comer, vestir y trabajar eran casi inútiles, frente al resultado de sus cosechas: lo que se recogía no alcanzaba para nada (Ag 1,6b). El sueldo de los jornaleros era insuficiente (Ag 1,6c). Los historiadores de este período llaman la atención acerca de dos hechos que vale la pena mencionar. En primer lugar, la pérdida de tierras campesinas por motivo de las invasiones de las naciones vecinas: de los edomitas, que se establecieron en el sur, y de los moabitas y amonitas, que se tomaron en la Transjordania tierras que pertenecían a Israel. En segundo lugar, hubo también una diáspora importante, ocurrida en tiempos de Jeremías, por motivo del asesinato de Godolías, líder pro babilónico, gobernante de Judá. Y hubo también emigraciones hacia Egipto, Transjordania, Siria y Fenicia.

* **¿Cómo quedaron los desterrados?** "Pedid por la prosperidad de la ciudad a donde yo os desterré"... (Jr 29,7). Los desterrados de Babilonia, siguiendo el consejo que les daba Jeremías -consejo que va a tratar de corregir Is 40,27 y 49,14- están bajo el peligro de adaptarse a la nueva situación y así perder el deseo de regresar a la patria.

1.2. El Imperio y la cultura persa

1.2.1. La fulgurante aparición del nuevo imperio

Persia no figuraba entre las potencias tradicionales de Mesopotamia. En pocos años se adueñó (con Ciro) de Mesopotamia y de Egipto, de Asia Menor y de Siria-Palestina. Comenzó por Asia Menor: En el 550 a.c. derrotó a los medos; en el 546 a Lidia. Siguió con Mesopotamia. Aprovechó la división interna de Babilonia: el conflicto de Nabonid con los sacerdotes de Marduk, Dios arbitrariamente remplazado por el Dios Sin (luna). Parte del ejército babilónico se adhirió a los persas. Y en el 539 Ciro era aclamado en Babilonia. Ciro tenía también proyecto de conquistar a Egipto. Pero no lo logró: murió antes. Será Cambises quien conquistará a Egipto, en el 525 a.c.

1.2.2. Los opresores considerados "Instrumentos y Ungidos de Yahvéh"

El hecho de que Persia hubiera acabado con el dominio babilónico fue considerado por los desterrados como una bendición. Y este sentimiento se agudizó, cuando los nuevos gobernantes persas demostraron beneficiar a Israel. Este fue el caso de Ciro, a quien se le llegó a componer un himno, como instrumento de Dios (Is 41,1ss), o a quien se le llama "cumplidor de la palabra de Yahveh" (2 Cr 36,22ss; Esd 1,1), "Pastor mío" (Is 44,28), "Ungido de Yahvéh" (45,1), "reconstructor de mi ciudad", "libertador de mis cautivos" (Is 45,13s; 48,12-16). El aseguró el retorno de los deportados (Esd 1, 1-6), le devolvió al templo 5.400 utensilios de oro y plata quitados por Nabucodonosor (Esd 1,7-11; 5,14-15) y financió la reconstrucción del templo (Esd 6,2-5; 2Cr 36,22-23). Más tarde Darío confirmó estos decretos (Esd 6,6-15).

1.2.3 Un imperio que modificó las reglas de juego

Persia, tan pronto derrotó a Babilonia y se sintió nuevo amo del mundo, cambió las reglas de juego con las naciones vencidas:

a) Reorganizó el sistema de recolección de tributos. Para eso fundó las "satrapías" o especie de protectorados que regían los territorios conquistados -divididos a su vez en provincias- bajo el mando de un miembro de la familia real, encargado de cobrar los tributos y de reclutar tropas para la guerra. A partir de este momento, ya no fueron los templos los encargados de coleccionar tributos. Aunque con esto se regionalizó la administración, sin embargo, supieron también conservar la unidad. Le dieron a los tributos tal importancia, que se convirtieron en el gran negocio del imperio. Con este motivo, se mejoró y se agilizó igualmente el sistema de correos de todo las regiones dominadas y relacionadas con el imperio.

b) Persia resolvió también restablecer y respetar la cultura religiosa de los pueblos sometidos. Como consecuencia de ello hizo lo siguiente:

- Autorizó el *restablecimiento de las leyes sagradas* de los otros pueblos, entre ellas las de Israel (Esd 7,25-26). Las leyes le habían servido a Israel para identificarse y diferenciarse del opresor en el destierro. De aquí su importancia en una tierra en donde no había posibilidad de otra identificación, ya que carecían de templo e instituciones. El nuevo opresor fue entonces capaz de dejarles sus leyes y la ilusión de que con ellas siguieran creyéndose diferentes. Israel, en el fondo, estaba deteriorado, pese al esfuerzo que estaban haciendo sus últimos profetas. Sus jefes seguían pensando en la restauración de sus viejas glorias. Y esto le quitaba peligrosidad a su identificación legal que, a la hora de la verdad, era meramente exterior, sin pretensiones de cambios radicales que hicieran de Israel una nación revolucionaria a la que hubiera que temerle. Esto lo sabían los profetas que sí trataban de vivir a fondo su identidad. La ley vivida sólo en su exterioridad no era nada peligrosa. Para el Israel oficial había perdido su sentido original: averiguar la voluntad de Dios, para escoger el mejor camino que pudiera cambiar la historia.

- Con el restablecimiento de las leyes, quedaba autorizada, de parte de Persia, *la restauración del templo*. El nuevo imperio estaba dispuesto a pagar dicha reconstrucción. Así lo reveló el edicto de Ciro, del cual se conservan tres versiones (2Cr 36,22-23; Esd 1,1-5 y 6,3-5). También quedaba autorizado el traslado de los utensilios del templo, traídos por los babilonios en los días de la destrucción de Jerusalén. Los persas solían autorizar la devolución de las imágenes de los dioses arrancados de sus templos por los conquistadores babilónicos. Puesto que Yahveh no tenía imagen, se debían devolver los utensilios sagrados de su templo que, en cierta forma, lo identifican. En el 538 a.c. Sesbassar los lleva a Jerusalén (Esd 1,7-11).

- Persia también restableció a *los dioses propios de cada cultura*. Y empezó por casa: Ciro volvió a entronizar al dios Marduk, destronado por Nabonid, último rey de Babilonia. En el fondo, hay aquí una sutileza teológica que queremos subrayar. Al devolverle a los otros pueblos sus dioses, Persia les devolvió dioses derrotados. Y la presencia de un Dios derrotado resaltaba el valor del dios triunfador. Este favorecía las entradas económicas del imperio reinante. Los otros dioses, a la hora de la verdad, estaban al servicio del gran dios triunfador. Los dioses derrotados hacían falta para resaltar el propio.

c) Finalmente, Persia estableció cambios en el sistema social. Los desterrados quedaron autorizados para regresar a su lugar nativo. Así se hizo con los deportados, líderes sociales, políticos y religiosos de Israel (Esd 7,13). ¿Todo esto es bondad del Imperio? Quizás no. Es más bien política refinada de Persia. Ella tenía en su mira conquistar a Egipto y para ello necesitaba que Israel le abriera camino y le guardara las espaldas. La puerta para entrar a Egipto era Judá. No era bondad, era interés. Los imperios no suelen dar nada gratis. De aquí el interés persa de que los desterrados regresaran pronto. El decreto de regreso lo dio Ciro al año siguiente de su subida al trono (538 a.c.). La conquista de Egipto acaeció el 525 a.c.

1.3. Las tensiones internas de los oprimidos

1.3.1. La ventaja de estar cerca al poderoso

Los desterrados, que eran la minoría, terminaron imponiendo su proyecto de reconstruir la monarquía, Jerusalén y el templo. De hecho se consideraban a sí mismos como el resto santo, purificado por el exilio babilónico. Esta es la visión general del intérprete Cronista que nos dejan los libros 1-2 de Crónicas, Esdras y Nehemías. ¿Por qué se impuso la minoría? Porque coincidió con el tiempo, la tierra y el proyecto del nuevo amo: estaban en el destierro, cerca del nuevo amo, eran los que conversaban con él y llegaron a coincidir con sus planes. A los desterrados se les ocultó, por falta de visión política, la táctica del dominador: reconstruir para dominar más y mejor.

1.3.2. El sacerdocio en acción

El liderazgo sacerdotal se puso en acción. En Jerusalén y en el templo estaba su interés. Las figuras más destacadas fueron Esdras y Nehemías. También lo fue la del Sumo Sacerdote Josué. Es cierto que lucharon por devolverle a Dios el lugar que ellos creían que se merecía. Pero también es cierto -la historia lo demostró- que la teocracia le abrió el camino a la hierocracia. Intereses locales y personales ofuscaron al sacerdocio.

1.3.3. Los retornos sucesivos de los deportados

Los deportados con su proyecto de reconstruir Jerusalén, templo y monarquía, fueron retornando lentamente. Año 538: bajo la guía de Sesbassar (Esd 1,8.11). Año 525: bajo la protección de Cambises que va a Egipto. Año 445-433: bajo Nehemías (primera excursión a Jerusalén). Año 425-424: bajo Nehemías (segunda excursión). Año 398: bajo Esdras, con 1.500 deportados, 38 levitas, 220 donados (Esd. 8,1ss). Estos deportados nunca consultaron su proyecto con el pueblo. Se lo impusieron.

1.3.4. La imposición generó conflictos

Como era natural, los que regresaron entraron en conflicto con los que se quedaron. Estos conflictos internos, por causa del proyecto que se intentaba imponer, los podríamos enumerar así:

- 1) Conflicto entre clases sociales diferentes: entre el grupo de los desterrados que regresan (llamado "La Golá"= cautiverio, organizado en torno al proyecto sacerdotal y apoyado económicamente por Persia) y el grupo de los campesinos y terratenientes empobrecidos (llamado "el Pueblo de la tierra", parte de los que se quedaron en Palestina) (Esd 4,4).
- 2) Conflicto económico, muy particular, entre el grupo de los sacerdotes del Templo con el grupo del Pueblo de la Tierra, en razón del tributo que era reclamado tanto por el gobernador de Samaría, representante oficial de Persia, como por los sacerdotes del Templo. Cada grupo mantenía su propia comunicación con las capitales de Persia (Susa y Ecbatana).
- 3) Conflicto religioso entre los pudientes de Jerusalén y los sacerdotes y profetas que respaldaban la reconstrucción. De todo esto dan razón los textos.

2. NIVEL LITERARIO

2.1. Lenguaje de los profetas en torno a la reconstrucción

2.1.1. El lenguaje de los profetas de la reconstrucción del templo

Los profetas que asumieron como propia la causa de la reconstrucción del templo fueron Ageo y Zacarías I. No es que haya sido sólo esta su preocupación. También supieron tocar, como buenos profetas, el tema de la justicia. Pero los ofuscaba el hecho de que ya iban 18 años desde el edicto de Ciro y el templo no se reconstruía. Esto era una vergüenza y podía convertirse en castigo. Por eso llamaron al príncipe davídico Zorobabel y al Sumo Sacerdote Josué a que apresuraran la reconstrucción. La profecía de Ageo fue en el 520 a.c. (Ag 1,1.15a; 1,15b-2,1; 2,10.18.20). La profecía de Zacarías el 518 a.c. (Za 1,1.7; 7,1). Ageo insistió en la necesidad de empezar la reconstrucción y de perseverar en ello. Zacarías I acentuó la necesaria purificación de líderes y pueblo para acompañar al nuevo templo.

* **Ageo**, un lenguaje que supo sostener la validez del templo. Ageo supo presentar con arte su profecía sobre el tema del templo.

a) Se presentó como defensor de una tradición genuina: como profeta (1,1.12), que hablaba de parte de Yahveh de los ejércitos (14 veces), al que conocía en su ternura (1,13; 2,4) y en su gloria (1,8; 2,3.7.9).

b) Supo interesar en la reconstrucción: habló de sus ruinas (1,2.4.9), invitó al trabajo (2,4), fue testigo del comienzo de los mismos (1,12-15a), de la colocación de su piedra fundamental (2,15.18); animó a las autoridades (Zorobabel y Josué) y excluyó a los que le pareció (2,10-14).

c) Presentó al templo como relacionado con la naturaleza: el templo en ruinas no se compaginaba con la sobreabundancia de algunos (1,4.9.); la pobreza de los campesinos dependía de la carencia de templo (1,5-6.9.10-11; 2,16).

d) El templo estaba relacionado con el acontecer político: la caída de los enemigos (2,20-23) y la paz (2,9). Esto en sí mismo superaba al temploconstrucción: Dios no se quedó encerrado en él. Además, la construcción del templo pedía, de alguna manera, la organización del pueblo: el trabajo comunitario, de hecho, reunía al pueblo.

1.3.2. El lenguaje de los profetas de la restauración conflictiva

Ya vimos los conflictos que trajo consigo la restauración del templo, por ser un proyecto impuesto. Hubo profetas que trataron de hacerle frente a estos conflictos. Fueron la mayoría. Su sensibilidad tuvo más en cuenta al pobre y sus necesidades, a sus valores morales para reconstruir el futuro que a la monarquía y al templo. Estos profetas fueron: Isaías III -como el que más- (510 a.c.); Malaquías (500-450 a.c.); Abdías (500-450 a.c.) y Joel 3-4

(400-450 a.c.).

*** Isaías, un lenguaje contra un proyecto que no favorecía al pueblo.**

- a) A la hora de la verdad, Yahveh no está interesado en que le reconstruyan el templo (66,1-2); pero si se le llega a reconstruir, debe ser casa de oración para todos los pueblos (56,7).
- b) Yahveh habita en lo alto y con los aplastados y humillados (57,15).
- c) Condena los ayunos establecidos. El ayuno valedero es la práctica de la justicia: liberar oprimidos y alimentar hambrientos (58,1-12).
- d) Las famosas genealogías de pureza son vanas: Yahveh acepta a los eunucos y extranjeros (56,1-7).
- e) En la visión utópica del futuro, no aparece templo, sino alegría, vida larga, alimento, casa propia, paz y disfrute del propio trabajo sin que otros se lleven su fruto (65,17-25). El futuro no debe tener estructuras gastadas que ya no dan más de sí. ¿Para qué el mismo rey de siempre? ¿Para qué el mismo templo y la misma ley de siempre?

1.3.3. El lenguaje de la proto-apocalíptica

La apocalíptica es un movimiento que refleja siempre crisis, callejón sin salida, angustia, falta de visión o de horizonte claro. Por eso su mensaje está en orden a la espera de un final que se da por persecución o por trastorno mundial. Se trata de un juicio que Dios hace de la historia. Prácticamente es la llegada del día del Señor, acompañada de signos cósmicos, para transformación personal y social, para salvación o condenación, es decir, para la instauración de un orden nuevo. En ella es Dios el dueño de la historia, el que le señala con precisión su fin. Era natural que el fracaso de todos los proyectos de restauración creara también una especie de escuela proto-apocalíptica, que terminaría generando la verdadera apocalíptica israelita, que comenzó en torno al s. III a.c. De esta corriente proto-apocalíptica fueron Zacarías 9-14, Isaías 24-27 y Joel 1-2. Todos estos escritos proféticos están entre el 350-320 a.c.

*** Joel, un modelo de lenguaje contra la pasividad que infundía la mala apocalíptica.** La crisis a la que trata de responder cada apocalíptica, suele crear en los que la padecen una especie de parálisis espiritual que impide actuar. Aparece entonces una especie de luto espiritual, una situación de duelo y llanto pasivos. El temor, el miedo, la impotencia frente al opresor paralizan. Joel 1-2 nos da esta gran lección: aún en situación de dolor impotente, el dolor debe ser creativo, debe buscar cambiar la situación que hace gemir. Por eso, mientras acumula verbos de luto: despertar, llorar, gemir, estar de duelo, ceñirse, lamentar, proclamar ayuno, clamar a Yahveh (1,5-19), invita también a convocar la asamblea y a congregarse a los ancianos. Se trata, pues, de una lamentación popular, de algo comunitario (1,14). Lo comunitario aquí es "convertirse", con todo la carga activa que este verbo lleva. Convertirse se dice en hebreo "*shub*" = "devolverse del camino emprendido" porque se le descubre como un camino de injusticia. Joel concibe esta acción de "convertirse" tan activa, que es capaz de cambiar la historia, cambiar el destino que se cree inmutable y que en boca del profeta se expresa con la frase: "quizás Yahveh se arrepienta, dejando a su paso bendición..." (2,14), porque "Yahveh es compasivo y clemente, paciente y misericordioso y se arrepiente de las amenazas" (2,13). Es decir: aún bajo las peores circunstancias, el ser humano no debe declararse derrotado. El tiene reservas para poder cambiar su destino. Esto es lo que en el fondo significaría esa escandalosa idea de que también Yahveh se puede arrepentir (2,14).

3. NIVEL TEOLOGICO

3.3. Avances teológicos de este período

3.3.1. La fidelidad de Dios

La fidelidad de Dios no se define por su apego a las estructuras del pasado. No podemos negar que el A.T. nos habla, en general, de su esperanza de que la nación israelita se reconstruya como ella era en sus mejores tiempos, en los tiempos del rey David, el bravo capitán, el que unió las tribus, el que les dio a Jerusalén por capital, el que sometió a las naciones vecinas imponiéndoles tributos y el que afianzó la identidad israelita como nación grande entre las otras grandes naciones de la tierra. Esta imagen de David, forjador de la propia nacionalidad, no se apartó de la mente de los profetas que esperaron siempre al monarca que pudiera y supiera ser como David. El fracaso de los reyes que siguieron a David, hizo que el A.T. afianzara su espera en torno a la figura que les dio gloria y que generó en la mente israelita un ideal de sociedad. Es posible que el pueblo, en general, creyera que la fidelidad de Dios dependía de la fidelidad que Yahveh guardara con la dinastía Davidica. Por eso no deja de llamar la atención que, en varios de estos últimos profetas, se comience a relativizar la necesidad de las mediaciones tradicionales: monarquía davidica, Jerusalén, templo y a suplirlas con una mayor presencia del papel del pobre en el tiempo futuro. Creemos que esto es lo más grande de la revelación profética de este tiempo. Es un paso gigantesco hacia la llegada del N.T., superación definitiva de dichas mediaciones y valoración definitiva del papel de los pobres en la historia de la salvación.

3.3.2. Dios es un "Dios escondido": el "silencio" de Yahveh

*** El Deutero-Isaías (45,15) explica el fracaso de Israel como un ocultamiento de Dios en la historia.**

Probablemente alude a la experiencia de Dios que tuvo el pueblo durante el exilio, cuando Dios parecía esconder su presencia salvífica. Todos los profetas intuyeron que se trataba de una ausencia pasajera que cedería el paso misteriosamente a una futura y maravillosa redención. ¿Perdió el pueblo derrotado la fe en la presencia de Dios en la historia? ¿No le quedó ninguna esperanza al pueblo que ansiaba la liberación de los oprimidos? Debemos responder que esta historia no terminó con el fracaso de Israel. En la Biblia aprendemos cómo se revela Dios en la historia. Ni los cientos de años de historia del A.T., ni los tres años de vida pública de Jesús agotaron las modalidades o posibilidades

de la historia. El silencio de Dios, en los momentos de crisis de la historia, es un rasgo de su trascendencia. Este silencio ayuda a clarificar su imagen y a entender mejor al ser humano, que no siempre tiene claridad para captar el misterio de Dios.

* **¿Cómo entender el fracaso de un pueblo que, a pesar de sus infidelidades, fue una real mediación de Dios?** ¿Por qué fracasó alguien que representó realmente a los pobres? ¿Por qué triunfaron imperios que amenazaron con destruir la conciencia lograda acerca del pobre y acerca del Dios de los pobres? ¿Es que Dios realmente se ausentó de una historia hecha con sangre y sudor del pueblo? ¿Y por qué tenía Dios que ausentarse? ¿Cuál es ese pecado tan grave que los demás no cometieron y sí Israel? ¿Se trató sólo de un viraje en el camino para prepararse mejor a la posesión de la tierra? ¿Fue sólo una coyuntura en la cual, si aconteció una victoria pasajera, fue para generar una mayor acumulación de fuerzas y una definición más concreta de lo que es el proceso de los empobrecidos?

* **El Trito-Isaías tocó el tema en profundidad.** Para él, el silencio no fue iniciativa de Dios, sino abandono de Dios por parte del pueblo (62,4). Y cuando esto se hace, el rostro de Dios permanece oculto (59,2; 64,6). Por eso el pueblo debe confesar sus propias culpas, que son las que obstaculizan la salvación o presencia salvadora de Dios (57,14.16-17; 58,6-10; 59,1-4.1215a; 64,4b.8). Cuando Israel haga esto, Yahveh curará a su pueblo de sus heridas (57,18-19) y le dará la paz (57,1.19; 66,12). Ello será la glorificación de Sión (60,1-13; 62,2-3), la liberación de los cautivos (61,1) y la explosión de una intensa alegría (61,3.7; 62,5). Esta es la única manera de romper el penoso silencio divino (58,9). Yahveh volverá a encontrarse con su comunidad, renovará con ella los lazos de la alianza (61,8) y la llamará esposa mía ((62,4-5).

3.3.3. La centralidad del pobre en los planes de Dios (Isaías III)

"El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, / por cuanto me ha unguido Yahveh. / A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, / a vendar los corazones rotos; / a pregonar a los cautivos la liberación, / y a los reclusos la libertad; / a pregonar año de gracia de Yahveh, / día de venganza de nuestro Dios; / para consolar a todos los que lloran, / para darles diadema en vez de ceniza, / aceite de gozo en vez de vestido de luto, / alabanza en vez de espíritu abatido" (Is 61,1-3a). Notemos acerca de este texto lo siguiente:

a) La centralidad literaria del tema del pobre.

* Is 61,1-3a está dentro de un capítulo que es el núcleo central literario-teológico de todo Isaías III. Todo el libro gira en torno al mensaje de los capítulos 60-62 que constituyen una especie de proclamación de lo que es un pueblo plenamente redimido.

* Los temas de las perícopas que componen estos tres capítulos son los siguientes: El de la luz, como gloria del Señor que viene a Jerusalén, con todas las ventajas materiales que el pueblo espera (60,1-9). El tema del reconocimiento que hacen los pueblos de su poder (60,10-18). El tema de la luz como presencia de Dios que orienta y guía al pueblo (60,19-22). El tema -que es a su vez el más central- del medio que emplea Dios para hacer posible tanta belleza: el anuncio, de parte del profeta, de esta Buena Noticia a los pobres (61,1-3a). El tema de la reafirmación del cumplimiento de la restauración anunciada (61,3b-11). El del resultado final: la nueva Jerusalén (62,1-9). Y, finalmente, el de la llegada del Salvador (62,10-12).

* Es decir, dentro de los capítulos centrales de Isaías III, el tema del anuncio de la Buena Noticia a los pobres es aún el de mayor centralidad. De aquí que, por amor a la verdad, debemos considerar este texto como clave histórico-teológica de la restauración en que piensan los profetas de este período.

* En cuanto al esquema general, notemos cómo los temas que anteceden al tema central de los pobres (61,1-3a) se repiten exactamente después del mismo, siempre con algún complemento o alguna claridad nueva. Da la impresión de que todos los otros temas arroparan al pobre, o se apoyaran en él, o no se quisieran separar de él, o encontrarán en él su razón de ser. ¿Será mucho decir?

* Démosle una mirada global a todo el esquema de Isaías III que nos prueba lo anterior:

(A) 56,1-8 = Proclamación de salvación para extranjeros

(B) 56,9-57,13 = Denuncia de líderes perversos

(C) 57,14-21 = Proclamación de salvación para el pueblo

(D) 58,1-4 = Denuncia de culto corrupto

(E) 59,1-15a = Lamento y confesión de los pecados del pueblo

(F) 59,15b-20 = Teofanía de juicio-redención

(G) 60-62 = Proclamación de un pueblo plenamente redimido (la centralidad del pobre (61,1)

(F') 63,1-6 = Teofanía de juicio-redención

(E') 3,7; 64,12 = Lamento y confesión de los pecados del pueblo

(D') 65,1-16 = Denuncia del culto corrupto

+ Promesa de transferir liderazgo a los fieles

(C') 65,17-25 = Proclamación de salvación para el pueblo

+ Cielos nuevos y tierra nueva

(B') 66,1-6 = Denuncia de líderes perversos

+ Exclusión de fieles del culto

(A') 66,7-24 = Proclamación de salvación, incluyendo extranjeros
+ Misión de extranjeros a extranjeros
(Tomado de N.K. Gottwald, "La Biblia Hebrea; una introducción socio-literaria")

b) La centralidad social del pobre.

* En la perícopa que nos ocupa (61,1-3a) hay varios tipos de personas que pertenecen a la misma constelación social: pobres... corazones desgarrados... cautivos... prisioneros... los que lloran... los que se echan ceniza... los de vestido de luto... los de espíritu abatido... Si recordamos el panorama socio-político que dejaron los babilónicos y el que comenzaron a implantar los persas, vemos que hay coincidencia. Toda esta clase de gente son pobres, es decir, el residuo social que deja la opresión de ese tiempo y el que generan los imperios poderosos. Todos ellos son el resultado de la destrucción de Jerusalén con sus prisioneros, del destierro con sus cautivos, de los arruinados, desesperados, fracasados, desilusionados que quedaron de la catástrofe del 586 a.c., cuyos efectos siguen comprometiendo la libertad y aún la misma existencia de Israel.

* En la Palestina de este tiempo hay ricos y pobres, hay extranjeros y nativos, hay regresados con privilegios y pobres que nunca salieron. El profeta se propone reconstruir la nación desde los de abajo, desde todos aquellos, nativos y forasteros, israelitas y no-israelitas, que sientan esas carencias que les niegan el derecho a vivir, el derecho a la propia historia, a la propia cultura, todos los que de alguna manera son marginados. El concepto de pobre aquí, que ciertamente parte de una carencia física o social, se enriquece con el concepto de marginación u opresión socio-cultural. Todo esto empobrece al ser humano, lo deshumaniza.

* Is 61,2 propone, como remedio inmediato que habría que aplicar, la institución de la que, de alguna manera, ellos guardan memoria: el Año Jubilar (Dt. 15,1ss; Lv 25,1ss). Nehemías nos recuerda el sistema de empobrecimiento y de esclavitud por endeudamiento que se estaba viviendo entonces. Y nos indica cómo el único remedio de este mal es el perdón total de las deudas (Neh 5,1-19).

c) La centralidad teológica del pobre.

* Por todo lo anterior, vemos que el pobre del tiempo de Isaías III se encuentra en un verdadero círculo de muerte. Esta situación exigía un remedio radical. No había otro remedio para tanta pobreza que declarar un Año Jubilar de perdón de deudas y de devolución al pobre de los bienes que había tenido que vender. La mejor noticia, la "Buena Noticia" que se le podía dar al que todo lo había perdido, era que él y su sociedad debían entrar en el tiempo de un nuevo cobazón -en el tiempo de la conversión- ya que todos podían recuperar los bienes necesarios perdidos, porque todos debían devolverle a su hermano lo que, por cualquier motivo, le habían quitado.

* Esta es la misión que el profeta trae: decirle a su sociedad que llegó el año del perdón, el año en que se le hace gracia al desvalido, el año agradable a Yahveh, el tiempo de la nivelación social y del respiro, el tiempo de la verdadera solidaridad y fraternidad con el que, a pesar de una condición social inferior, es mi hermano. Este anuncio es lo que el profeta juzga como lo más cercano al corazón de Dios. Y es precisamente para esta misión que él se siente escogido y ungido por el Espíritu de Dios.

* El profeta palpa que, en la vida deshumanizada del ser humano, está comprometida la misma fidelidad de Dios. Lo que reclama el profeta para el pueblo no es una gracia meramente interior (perdón espiritual de sus pecados), sino una gracia social de perdón de deudas, para que así se le perdonen a la sociedad explotadora y opresora los pecados de egoísmo de codicia con que ella está matando a los pobres de Yahveh. Este es un acto social, que implica, sin embargo, lo espiritual: la conversión interior de quien, superando el egoísmo, perdona y devuelve, y la humanización interior de quien recibe y siente crecer su calidad humana.

d) La centralidad cristiana de este texto.

* Este texto de Is 61,1-3a está asumido en el N.T. por Lc 4,18-19, nada menos que para definir la misión de Jesús. ¿Para qué lo envió el Padre? ¿Para entregarle una Buena Noticia a los pobres!

* El contenido central de Isaías (el compromiso de evangelizar al pobre) no varía, aunque Lucas corrija el texto en varios puntos: hace desaparecer "vendar los corazones rotos" (¿por ambiguo o espiritualizante?)... quita "pregonar a los reclusos la libertad" (¿por ser una idea repetida?)... quita "día de venganza de nuestro Dios" (¿por reflejar violencia?)... quita lo que recibirá el pobre: "consuelo", "diadema o corona", "aceite o perfume", y "alabanza o traje de gala" (¿por ser ideas repetidas, por acortar la cita, o por su similitud con los modelos de "poder"?).

* Además, Lucas suple "pregonar a los reclusos la libertad" con "dar la libertad a los oprimidos" y añade "proclamar la vista a los ciegos"... Es decir, en los retoques que Lucas le hace a la cita de Isaías, queda más limpia, si se quiere, la figura del pobre, el cual para Jesús sigue cautivo y ciego, oprimido-endeudado y, por lo mismo, urgido de un Año de Gracia o de perdón de deudas. Cuando el ser humano está en una sociedad que lo empobrece, ¿qué otra forma puede esperar, distinta a ésta, para empezar de nuevo y no seguir así, arrastrando de por vida, una existencia deshumanizada? Pero, lo más sorprendente de todo es que la razón de la misión de Jesús queda definida desde la atención al pobre u oprimido, donde está la imagen de Dios más deformada y desde donde se puede transformar el corazón del opresor. No hay nada más espiritual o interior que esta conversión, ni nada más concreto y externamente doloroso que esta clase de pobres.

3.3.4. El futuro terminará teniendo color de pobre

La acentuada presencia del pobre como sujeto de protagonismo histórico -más que como objeto de denuncia-

enriquece la visión de este tiempo. Por eso vale la pena recoger los diversos matices de pobre con que los profetas de este tiempo van enriqueciendo el futuro. Esta es la mayor ganancia de esta época. La fascinación de la monarquía -a la que todavía se la lleva en el alma- va cediendo ante la enseñanza que han dejado fracasos y desilusiones. Los profetas buscan solución por el lado de los pobres. No importa que esto se dé aún con timidez. Lo importante es que esta intuición va acercando el A.T. al N.T., en el que Jesús de Nazaret, Hijo de David, será el ser más humillado y más empobrecido porque lo supo dar todo, hasta la propia vida.

a) La reconstrucción, a la hora de la verdad, la harán los pobres (Ageo). Ageo habla del templo. No importa. El templo en ese momento era el símbolo de la resistencia y de la esperanza. Por eso había que colaborar en su reconstrucción. Como es natural, los ricos e instalados de Jerusalén no acuden. Ageo les recrimina: "¿Es tiempo acaso de que vosotros viváis en casas artesonadas, mientras el templo está en ruinas?" (1,4). La invitación a participar pasa a los pobres, con los que habrá que hacer la reconstrucción, pese a su fracaso: "Habéis sembrado mucho, pero cosecháis poco; habéis comido, pero sin quitar el hambre; habéis bebido, pero sin quitar la sed; os habéis vestido, mas sin calentaros y el jornalero ha metido su jornal en bolsa rota... Fijaos en vuestra situación. Subid a la montaña, traed madera, reedificad el templo"... (1,6-8). Frente a la reconstrucción, el pobre es quien sabe dar la cara.

b) La mujer, sujeto de derechos por ser hija del mismo Padre (Malaquías). El profeta Malaquías también aporta lo propio en relación al modo como el profetismo de los últimos siglos ve a los pobres. El mayor argumento que en favor de la liberación de la mujer se puede invocar, en todos los tiempos, es éste de Malaquías: "¿No tenemos todos nosotros un mismo padre? ¿No un solo Dios que nos ha creado? ¿Por qué nos traicionamos los unos a los otros, profanando la alianza de nuestros padres?" (2,10). El tema que Malaquías aborda es el de los divorcios que están cometiendo los israelitas pudientes. Puesto que tener dos mujeres les resulta oneroso o conflictivo, resuelven despachar la mujer israelita, para quedarse con la extranjera que les puede proporcionar ventajas económicas y de poder. Malaquías le recuerda a cada uno: "Yahvéh es testigo entre ti y la esposa de tu juventud, a la que tú traicionaste, siendo así que ella era tu compañera y la mujer de tu alianza" (2,14). Hombre y mujer conforman un único ser vital, lanzado hacia la búsqueda de la vida. No es que uno de los dos sea carne (lo femenino: lo atractivo, lo peligroso, lo inferior, lo desechable) y el otro sea espíritu (lo masculino: lo bueno, lo superior, lo que decide), no. Los dos a la vez -hombre y mujer en unidad matrimonial- constituyen la unidad: "¿No ha hecho él un solo ser, que tiene carne y aliento de vida? Y este uno, ¿qué busca? Una posteridad dada por Dios" (2,15). Para quien crea en el Dios de los oprimidos -el mismo en quien Jesús de Nazaret pone su fe- no habrá mejor argumento, para el trato legítimo a la mujer, que pensarla siempre como hija del mismo Padre Dios, con plenos derechos. Lo demás será prolongar la opresión femenina, hacer que ella "siga cubriendo de lágrimas, de llantos y de suspiros el altar de Yahvéh" (2,13).

c) Los pobres se adueñarán del Espíritu (Joel). Para estos profetas tardíos, la historia del A.T. no dejaba de presentarse como una historia llena de discriminación. Con el deseo de proteger a Dios del pecado del hombre (en lo cual se exalta la justicia de aquellos que, estando cerca Dios, no lo manchan con pecado), o con la buena intención de preservar de castigo a los impuros que se acerquen a Dios (en lo cual se exalta la pureza de los que, estando cerca de lo sagrado, no son castigados), Israel sembró su historia de discriminaciones. Todo ser considerado impuro no era apto para acercarse a Dios. Aquí caían pecadores de diversa índole, pobres de muchas clases, extranjeros de cualquier parte y, por su puesto, la mujer. En el sueño de la sociedad futura todas estas discriminaciones desaparecen. No habrá ninguna clase privilegiada, ni santa por oficio o por definición humana, sino que todos los seres humanos, sin discriminación alguna, serán sujetos aptos para recibir el espíritu: "Yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu" (3,1-2). Es decir, en el panorama profético de este tiempo está el quitar de la historia las barreras que marginan a los pobres: decirle no a la discriminación generacional, no a la discriminación sexual, no a la discriminación social.

d) El futuro Mesías tendrá la forma de un "pobre de Yahvéh".

*** El futuro mesías vendrá en forma humilde y pacífica, y no como monarca poderoso (Zacarías 9).** En todo el capítulo 9 de Zacarías, es el mismo Dios quien habla y actúa. Por boca de Dios promete el profeta que el Mesías que vendrá no tendrá la arrogancia que han tenido hasta entonces los hijos de David. Esto rompe, casi inexplicablemente las expectativas tradicionales. Por eso esta extraña profecía queda ahí, como sueño utópico del inconsciente colectivo, tan cansado de esperar lo imposible: que la monarquía llegue a ser efectiva defensora del pueblo y que en realidad lo llegue a ser con la humildad del pobre y con la decisión de acabar con la violencia. El día en que esto suceda, habrá motivo para enloquecer de alegría: "¡Exulta sin medida, hija de Sión, lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna... Será suprimido el arco de combate y él proclamará la paz de las naciones" (Za 9,9-10). En realidad, tiene que ser el mismo Dios quien haga este milagro. Pensar que lo puede hacer un monarca de la tierra es pedirle que reniegue de la monarquía.

*** El futuro Mesías salvará al pueblo con su sufrimiento (Za 11-13).** La imagen que nos presenta Zacarías II del Mesías futuro, es maravillosa, desusada, sorprendente, fuera del esquema tradicional. Desde el dolor inmenso que el fracaso le ha dejado al pueblo, Zacarías II intuye al Mesías: es pastor fracasado (11,4-17), cuyo trabajo es pagado con el salario mínimo: "Ellos pesaron mi jornal: 30 siclos de plata. Pero Yahveh me dijo: échalo al tesoro del Templo, ¡esa lindeza de precio en que has sido valorado por ellos!" (11,12-13). Ese será el precio de la venta de Jesús: Mt 27,3-10).

El Mesías será también como un pastor herido: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas, y tornaré mi mano contra los pequeños" (Za 13,7; cfr. Mt 26,31). Y será también como un inocente "traspasado", víctima de la locura del pueblo: "Mirarán a aquel a quien traspasaron, harán duelo por él como por un hijo único y lo llorarán como se llora a un primogénito" (Za 12,10; cf. Jn19,37). ¿No estamos ya muy cerca de Jesús de Nazaret crucificado y traspasado? ¿Qué se hizo el Rey glorioso, Hijo de David?

e) Un tiempo que pide hombres libres, sin deudas que los esclavicen (Nehemías). Nehemías era un personaje del destierro, copero del rey, partidario de los persas y privilegiado de la corona. No era un profeta. Pero, en contacto con sus hermanos oprimidos, vio su opresión, la denunció y honradamente quiso remediarla (Neh 5,1-19). Lo que queremos contar de él es el acto profético de un hombre honrado, así otras actitudes suyas sean discutibles. Se trata de una comunidad judía que experimenta el hambre, que sufre la opresión de parte de sus mismos hermanos, que cada vez van endeudando más y más al pueblo, hasta ahogarlo. Primero se endeudan por conseguir el alimento: empeñan sus campos y viñas (medios primarios de producción) y sus casas (medios secundarios). En segundo lugar, tienen que endeudarse para poder pagar el tributo imperial. Y para poder satisfacer a estas dos clases de deudas, no hay más remedio que entregar a los hijos e hijas como esclavos. Y para colmo, estos jóvenes deben trabajar como esclavos en los propios campos. Estos han sido empeñados y no hay forma humana de rescatarlos. Se siente el dolor del pueblo: "Siendo así que tenemos la misma carne que nuestros hermanos y que nuestros hijos son como sus hijos, sin embargo tenemos que entregar como esclavos a nuestros hijos y a nuestras hijas. ¡Hay incluso entre nuestras hijas quienes son deshonradas!" (5,5). Lo único claro que tiene Nehemías es que esa cadena de la deuda eterna hay que romperla por alguna parte. Se indigna, convoca y reprende a los notables y consejeros, congrega a una asamblea general, renuncia él el primero a cobrar las deudas que le deben (5,6-10) y les solicita a los demás que hagan lo mismo: "Restituidles inmediatamente sus campos, sus viñas, sus olivares y sus casas, y perdonadles la deuda del dinero, del trigo, del vino y del aceite que les habéis prestado" (5,11). Esta es la verdadera esperanza del pueblo que se enfrenta a un futuro nuevo: que todo comience realmente de nuevo para todos, que el oprimido comience a respirar en la igualdad de derechos y que la novedad del futuro no lo sea sólo para unos cuantos -para los mismos de siempre- sino que el pobre tenga esa otra oportunidad -quizás su última oportunidad antes de morir- de poder comenzar de nuevo, en igualdad de circunstancias... Aunque haya sido un hecho aislado, ¿no es este acto la mejor entrada del pobre en un futuro digno? Jesús de Nazaret, pocos siglos más tarde, soñará en lo mismo (Lc 4,19).